

DOÑANA CUMPLE 50 AÑOS

La memoria del Coto que se hizo parque sigue viva en la marisma

Los últimos habitantes de Doñana cuentan a ABC cómo era la vida en el espacio natural más importante de Europa antes de que llegaran los científicos, un hogar salvaje para hombres y animales

M. A. JIMÉNEZ/ MIREIA HUMANES
ALMONTE

Regresamos desde Sanlúcar de Barrameda a contrarreloj para evitar que la noche nos alcance antes de llegar a Matasalinas. A la ida no encontramos a un alma, pero la vuelta nos depara un encuentro angustioso. Un ciclista nos hace señales desde la orilla. Está exhausto y no es capaz de continuar. Le quedan al menos 10 kilómetros para llegar al núcleo costero almonteño. Llevamos el coche completo -media familia- se ha apuntado a una excursión que sonaba mejor en nuestra imaginación -y él se niega a dejar la bicicleta para acompañarnos, así que le indicamos que espere en un lugar seguro y pedimos ayuda.

Si hubiera visto obligado a pasar la noche en la playa o las dunas cercanas habría tenido que hacerlo en completa soledad. En la era de los móviles de última generación y otros avances inimaginables hace un punzado de años, pocos serían los que se desenvolverían con éxito en un territorio tan areste, tan diverso e inesperado como es Doñana.

Lo saben bien quienes si vivieron allí. Porque hace no tanto tiempo, las personas, como los linceos, los ciervos, los jabalíes y los ánsares, habitaban Doñana. Eran parte del ecosistema. Nacían en la marisma, morían en las dunas. Estudaban por entregas en chozas de madera en las que las mujeres daban a luz a sus hijos y los educaban como podían. Criaban ganado, cazaban, cocinaban, luchaban contra los elementos, guardaban el territorio, se casaban entre ellos y convivían en la hermandad que fuerza el aislamiento.

Quedan muy pocos de aquellos ha-

bitantes y ninguno de ellos vive ya en el Parque. Fueron abandonando sus hogares conforme se extinguía su función, algunos de ellos ya en el nuevo milenio. Victoria Rodríguez Parada, Juan Domínguez Peláez, José Herrera Pancho y José Boixo Sánchez son cuatro de ellos, octogenarios y nonagenarios, pero recuerdan con nitidez la hermosura y la dureza de unas vidas insólitas y cómo la creación del Parque hace ahora 50 años, comenzó a cambiarlo todo.

La marisma cuna y hogar

José Boixo nació en 1935 en las Cabribielas, en la marisma de Hinojos. Su padre, guarda de pastos, no estaba en la choza cuando su madre se puso de parto, así que un vecino pastor, de nombre Pedro, comenzó su marcha en plena noche y caminó más de siete kilómetros hasta El Rocío, desde donde partió de vuelta, también a pie, con dos mujeres que habían de asistir al parto.

De los cuatro solo él vio por primera vez la luz en Doñana, aunque tanto Victoria Rodríguez como Juan Domínguez y José Herrera, conocido en toda la comarca como Pepe «El Toreo», se trasladaron al espacio natural con muy corta edad.

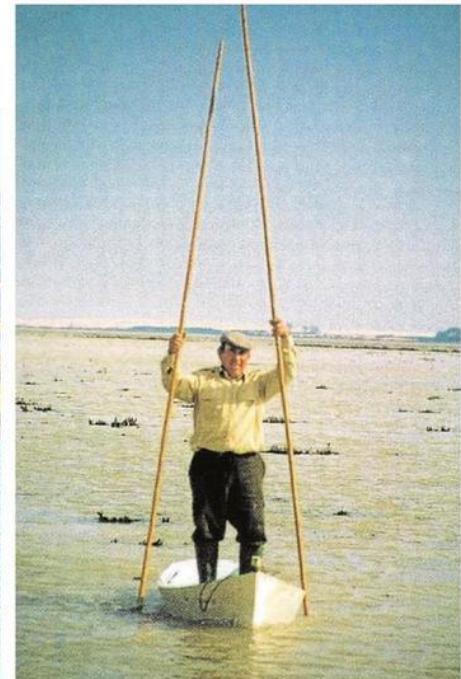
Fueron vidas marcadas por la soledad y la incomunicación, que unos llevaban mejor que otros. Sin embargo, y dejando a un lado momentos de estrechez, ninguno pasó grandes necesidades. La familia de la mayoría de ellos cultivaba sus propios huertos, y les estaba permitido practicar la caza menor. El agua manaba de fuentes y pozos: la que era demasiado salobre para beber se usaba para lavar. Con el salario de guarda del cabeza de familia se compraba en Almonte, en Villamanrique o en Sanlúcar, una vez al



mes, todo lo que no daba la tierra. Todos empezaron a trabajar pronto y ninguno de ellos asistió al colegio. Sólo Pepe lo puso, y fue un solo día. Pero eso no les impidió adquirir los conocimien-



Los flamencos llegan cada año a las marismas de Doñana



Antonio Espinar Salgado en cajón marismeño

JOSÉ MARÍA PÉREZ DE AYALA

dencia. Así, de hecho, obtuvo Juan Domínguez su título de dibujo lineal mecánico y de radiotécnico, movido por su afán de salir de Doñana: quería trabajar fuera, en un lugar donde hubiera más gente, tener mi propio vehículo», admite.

Es el único que no ahora las chozas de madera y techo de cañuelas, la aventura continúa que era en sí misma la vida en Doñana, aunque recuerda cómo a la doniana, aunque desde allí su padre le encendió la tarea de cazar con una escopeta que ni siquiera podía levantar. «Mi padre me fabricó una horqueta a que yo escondía detrás de unas matas de jaguarzo para que no me vieran los conejos». Desde allí abría a sus presas, apoyando la escopeta en la horqueta, hasta que un amigo de la familia le regaló una más ligera.

También cazaba la intrépida Victoria Rodríguez Parada, cuya pasión por los caballos la llevó a ser la única mujer de Doñana que montaba y la primera que lo hizo en pantalones. «Para mí era un disfrute. En otoño hacíamos una cacería de liebres con los guardas, que eran amigos y compañeros y desde Cañada Dulce llegábamos con los caballos has-

Un cincuentenario entre la celebración y la controversia

El próximo 16 de octubre se cumplen 50 años desde que Doñana fuera declarada Parque Nacional y Natural. A lo largo de este medio siglo, Doñana ha ido adquiriendo otras catalogaciones como Reserva de la Biosfera y Patrimonio de la Humanidad por la Unesco, pero también ha sufrido catástrofes como el vertido de la mina de Aznalcóllar o más recientemente el incendio que afectó a unas

ta Vetalarena, corriendo las liebres con los galgos por la marisma», una marisma que en la estación seca se convierte en una planicie inabarcable. Era para Victoria la libertad absoluta.

A pesar de tener permiso para cazar, solo se apresaba aquello que fuera a ser consumido. «No había frigorífico ni

dónde meter la carne, así que si cazábamos cuatro o cinco conejos y podíamos coger alguno vivo, ese lo guardábamos para el día siguiente», explica José Boixo, cuyo padre servía de guarda al nacer él en la Marisma de Hinojos y luego fueron trasladados al coto. El nacimiento de Boixo es un ejem-

plio de cómo en un entorno en el que impera el aislamiento, las relaciones humanas pueden tornarse mucho más intensas. Es una de las cosas que extraña Pepe Herrera, como todos los habitantes del parque se trataban como familia, aunque no lo fueran. «Si hacía falta cualquier cosa todos nos volvábamos con los que necesitaban una mano en la faena», algo que corroboró Victoria Rodríguez, que recuerda las reuniones en las matanzas o en Navidad.

Soledad y camaradería

En esa relación entre vecinos del parque nacieron amores como los de la propia Victoria, cuyo marido, Antonio, caminaba desde Las Salinas, donde él vivía, por el caño hundido con el agua hasta el pecho, con la ropa en la cabecera para que no se le mojara hasta llegar a Las Nuevas, donde residía su enamorada. En verano y en invierno. Dos o tres horas a caballo tenía que emplear Pepe para visitar a su novia desde Veta Cipriana hasta Las Nuevas: 10 o 12 kilómetros que en invierno parecían más.

El aislamiento se hizo más duro cuando todos ellos debieron enviar a